

DÍAS DE VERANO

Por Marta González Bueno

Nada más llegar, lo primero que ha hecho mamá es embadurnarme bien con una crema pegajosa, ya me acuerdo de la del año pasado. Me da crema incluso en las partes del cuerpo que están tapadas con el bañador, dice que es malo que me dé el sol. Y yo digo que no entiendo por qué venimos a la playa a tomar el sol, si es tan malo, pero lo digo entre dientes, no vayamos a tener una regañina el primer día, ¡son tan enfadones los mayores!

Me resigno, a pesar del mejunje, y pienso que lo voy a pasar bien, con mi nuevo juego de cubo y pala, que incluye varios accesorios, moldes para hacer construcciones. Dicen que soy un poco mayor para eso, pero aun así me lo han comprado. Me pongo, a la orilla del mar, en un trocito que está un poco hundido, donde puedo ir acumulando el agua que, cubo a cubo traslado hasta la arena. Al poco de empezar con el trabajo, llega papá y algo dentro de mí se pone en alerta, no identifico que es. Enseguida se pone a colaborar conmigo, muy contento, arrodillado en la arena, parecemos dos buenos amigos disfrutando de un trabajo en equipo. Pero pronto toma la iniciativa: yo sigo aportando cubos de agua y la construcción queda exclusivamente en sus manos. Al cabo de un rato va tomando forma, no tiene mal aspecto, y entonces me dice directamente que como ya tenemos agua suficiente, mejor que no haga nada y que me siente guardando una cierta distancia, pues si lo toco, lo voy a estropear. La verdad es que hacía un rato que estaba sin hacer nada. Y ahí me quedo, toda una buena parte de la mañana mirando, con aburrimiento, como disfruta papá haciendo su castillo, ¡él siempre hace lo que quiere!

Después de un rato interminable se levanta mamá, que todo ese tiempo ha estado tranquilamente tomando el sol y me dice que nos vamos al agua, ¡por fin el rescate!, me voy a divertir un rato. Damos unos pasitos y unos saltos hasta que conseguimos la inmersión completa. A mí me brillan los ojos de felicidad con el chapoteo pero casi de forma inmediata mi madre opina que el agua está muy fría así que como ella tiene frío, yo tengo que salirme del agua. Protesto un poco pero cedo, que remedio, ¡ella manda!

Por fin se hace la hora de dejar la playa para ir a comer. Papá abandona su obra de arte, se viste deprisa y se adelanta a nuestra marcha, dice mamá que para ir al bar. El castillo abandonado va modificando su apariencia con las pisadas involuntarias de los que pasean por la orilla y en especial por las patadas de los niños que disfrutan con la destrucción voluntaria. Me acerco a colaborar con ellos, con una nueva alegría que no he sentido en toda la mañana y que no puedo revelar a nadie. Es que no es mi castillo el que se destruye, ¡es la pequeña venganza a mi marginación!

La comida la hacemos en un restaurante de la playa. Hemos quedado con los tíos, los primos y la abuela. Ya han llegado todos. Yo pienso qué bien, voy a comer lo que quiera. Pero nadie me pregunta. Me plantan delante un plato que se supone que me gusta, pero que lo han llenado de una salsa que no puedo tragar, así que lo dejo. Sorprendentemente, nadie me regaña. Debe ser por la abuela, que dice que no me digan nada. Cuando terminamos, a ella le preparan un taper para llevar, con lo que no hemos querido los demás, aunque papá no pone buena cara, pero con la abuela él no se atreve. ¡Ya entiendo porque no me han reñido!

Cuando terminamos de comer, vamos hasta el parque dando un paseo. Bien, si no fuera porque en el camino nos encontramos con otras familias que nos saludan con efusión desorbitada. Sobre todo las mujeres: madres y abuelas, te abrazan apretándote, te besan dejando en la cara restos de saliva y te dan pellizcos en las mejillas mientras exclaman con entusiasmo ¡qué ricura! Creo que al final acabo con más coloretes que la amiga de mi mamá cuando va a buscarla para ir de compras. Espero que no se repitan más días las supuestas caricias. ¡Qué paciencia hay que tener con los mayores!

Cerca del parque hay una pastelería, y uno de mis tíos, en un arranque de generosidad, decide invitarnos a todos. “Cada uno que elija lo que quiera”, dice. Pero no. Cuando yo señalo el pastel elegido, grande y de nata, que como había comido poco me lo estaba relamiendo, alguien me dice “ese no, que es muy grande y te va a quitar las ganas de cenar”, y a cambio me dan uno pequeño, que mordisqueo sin entusiasmo. ¿Qué puedo decir yo? ¡A aguantar una vez más!

Después de cenar quiero ver la televisión, pero sólo hay una en la casa y muchos candidatos a elegir, alguno de ellos impone su voluntad y yo me retiro a la habitación que comparto con los primos. “Al menos este rato tendré tranquilidad para leer mi libro sobre animales”, pienso. Falsa esperanza, al poco rato empiezan a entrar y salir, a sugerir otros juegos, a tirar almohadas, y no hay manera, tengo que dejar el libro para otro rato. Pero antes me enfado un poco con alguien más pequeño que yo, porque ha arru-

gado algunas hojas de mi libro. Enseguida va a quejarse a los mayores y yo me llevo una bronca, ¡son intocables los más pequeños!

Cuando llega la hora de dormir de verdad, viene el numerito de las literas: que “yo me he pedido la de arriba”, que “yo tengo vértigo”, “que yo tengo que salir a hacer pis”. Al final, la de siempre, viene un adulto a ordenar por ley el lugar que nos corresponde a cada uno. Aceptamos de mal grado y con múltiples protestas la designación, pero aun así llegamos al gran momento de las risas: un chiste a medias, un pie que cuelga más de la cuenta, un eructo, y algo más oloroso, y hasta un proyecto esbozado a medias para el día siguiente. Lentamente, la energía decae y nos dormimos. La noche ha sido tranquila, ¡menos mal!

El día ha amanecido lluvioso. Hoy no vamos a la playa. El desayuno se alarga indefinidamente. Consigo que me dejen la tablet y me las prometo felices. Me pongo a jugar en un rincón de la habitación dispuesto a hacer puntos sin límite en un juego que tengo más que trillado de tantas veces como lo he practicado. Cuando estoy en lo mejor, entra uno de los mayores y me dice que no me viene bien estar ahí, “jugando con la maquinita” yo solo. No hago caso y sigo. Pero al poco tiempo entra mi madre y me obliga a salir. Me confisca la tablet y me dice que lo que tengo que hacer es jugar con los primos. No entiendo ese afán de querer estar todos juntos, con lo bien que se está cada uno a su aire, claro que eso cuando te dejan hacer lo que tú quieres, lo que es verdaderamente difícil. ¡Se pasan la vida mandando los adultos!

Bajamos a la calle y nos ponemos a jugar con una pelota. Estamos un ratito, pero cada vez pasa más gente y oímos algunas protestas. Al poco tiempo algunas personas nos dicen directamente que “dejemos la pelotita” y que nos vayamos a otro sitio, que “no hacemos más que molestar”. Agachamos la cabeza, cogemos la pelota y nos sentamos en grupo en unas escaleras de subida al mercado. Nos apretamos bien para formar un grupo lo más pequeño posible, porque la gente está subiendo y molestamos. Cuando miramos a la cara de alguna señora vemos que nos mira con desconfianza y antipatía. Eso, y los comentarios y tonterías que decimos, nos provoca la risa, y estamos un rato bromeando. Pero notamos que la gente se mosquea cada vez más, y nos tenemos que ir de ahí. ¡No entienden nada los mayores!

Hoy comemos en casa, y por fin parece que los macarrones saben a lo que tienen que saber, debe ser que los ha preparado mamá. Es muy pesada, pero cocina muy bien. Nos dan la comida primero a los niños. Cuando nos sirven, nos miramos unos a otros y sobre todo los platos, con recelo y desconfianza, pues nadie está dispuesto a renunciar a su parte a favor de

los demás, y siempre parece que los platos de los otros están más llenos. Se producen algunas protestas, pero enseguida uno de los mayores pone orden, así que nos resignamos a conformarnos con lo que nos han puesto, y lo engullimos sin más contemplaciones. Terminamos tan rápido como los mayores habían previsto, y mientras ellos comen podemos deambular por la casa sin que nos digan nada. Hacemos conciliábulo y decidimos solicitar la gracia de ir al cine, sin importarnos mucho la película. Cada uno debe pedir a su padre, con muy buenas maneras, que nos dejen ir al cine esa tarde, los padres son más sensibles a esas peticiones, opinamos, mientras que las madres siempre quieren que estemos con ellas. ¡Seguro que lo logramos!

Después de algunos “mejor no”, “otro día,” “qué película”, “cómo van a ir solos”, parece que se ponen de acuerdo y ganamos la partida. Nos acompañan al cine y nos compran palomitas y Coca-Cola, que era de lo que se trataba. Nos dejan entrar solos con la promesa de volver a buscarnos. Pasamos bien el rato, pero cuando se terminan las palomitas y la Coca-Cola empezamos a impacientarnos, a movernos, a hablar, a reír. La gente de alrededor nos llama la atención, nos mandan callar y a nosotros nos entra más la risa. Mucho antes de acabarse la película ya salimos. Esperamos a la salida a que vengan a buscarnos, tal como habíamos quedado. ¡Qué no noten nada, que nos la cargamos!

Día soleado, playa segura. Vamos todos, Uno se retrasa porque tiene que ir al baño, el otro olvida la toalla y a otro se le sale la sandalia, así que parece que no salimos nunca. Al menos hoy no tendré que observar las habilidades constructivas de mi padre, a todos juntos no nos puede. ¡Los primos sirven para algo!

Cuando llegamos a la playa, como estamos todos, alguien sugiere ir a las rocas a coger lapas. Las mamás dicen que no podemos ir solos, así que los padres vienen con nosotros mientras ellas se quedan charlando sobre cosas que ya conocen, quitándose la palabra unas a otras. Pero antes se desarrolla la ceremonia del embadurnamiento, incluidos los padres. Cuando empezamos a andar brillamos todos más que el sol. La mañana pasa bien aunque con un par de heridas de los más patosos, una en la pierna y la otra en la mano. Además de curarles les echan una notable bronca por no tener cuidado, ¡cómo les gusta reñir a los adultos!

Después de comer estamos un rato tranquilos. Bueno, aparentemente. Nos han dicho que durmamos un rato la siesta, así que procuramos hablar en voz muy baja para que no vengan a reñirnos, que le tienen mucha afición y cualquier pretexto es bueno. Empiezo a revolver lo que hay en los cajones y encuentro una figurita de cerámica blanca y azul que representa

un pescador. La doy vueltas, la miro por todos los lados comprobando que está hueca hasta que se cae y se parte en tres. La recojo rápidamente y no digo nada. Por suerte, nadie se ha dado cuenta, porque mis primos son unos chivatos. La escondo en lo más profundo del cajón y pongo delante todo lo que encuentro, con la esperanza de que tarden mucho tiempo en encontrarlo. ¡No quiero otra regañina!

Entre las cosas que he encontrado durante la inspección, hay una que me guardo sin decir nada. Es una figurita pequeña de una niña vestida de gris, con un lacito en el cuello. No sé de dónde ha salido, no es como los adornos que venden en las tiendas. La meto en mi mochila, entre unos calcetines para que nadie me la vea ni se rompa, ¡preguntare a mamá cuando lleguemos a nuestra casa!

Los mayores organizan una excursión al “interior”, eso dicen. Hay unas montañas y un río que algunos ya han visitado en una ocasión.

Los preparativos parecen no acabarse nunca, todos nos ponemos nerviosos, sobre todo ellos, claro, pero nos contagian. Han estado haciendo tortillas, han rebozado filetes y han hecho croquetas. Todo lo ponen en unas tarteras grandes, pero según van metiendo cosas, se van acordando de otras: vino, gaseosa por si acaso, agua por si no encontramos, fruta, que siempre viene bien, servilletas, latillas, pan, refrescos, yogures... llenan dos neveras. Digo yo que sería mucho más fácil comer en casa. Bueno no lo digo, lo pienso, no están los ánimos para que ninguno de nosotros haga una objeción. En el último momento se acuerdan de que hay que llevar rebecas, pañuelos y algo de ropa de repuesto. Me parece que no vamos a salir nunca. ¡Cada vez están más nerviosos!

La ocupación de los coches es una odisea. No saben si ponernos juntos a todos, repartirnos por edades o cada uno con sus padres. Entramos y salimos tres veces de cada coche. Los conductores están cada vez más exaltados, vale más quedarse callado, más de uno recibimos una colleja sin saber por qué, ¡ojala pudiéramos ser invisibles!

Llegamos al campo. Nueva odisea hasta encontrar un sitio del agrado de todos para extender alguna manta y los manteles sobre los que hacer el despliegue de nuestras provisiones. Cuando por fin lo encuentran, mientras preparan todo, nos vamos a dar un paseo hasta el río que está cerca. ¡Por fin nos vamos a divertir!

Exploramos la zona y comenzamos a tirar piedras al agua, a ver quién llega más lejos, nos acercamos cada vez más a la orilla hasta que doy un tropezón y me caigo al río. Del susto empiezo a bracear y parece que no voy a poder salir, pero el primo mayor se mete un poco en el agua y me

agarra, los demás tiran, hasta que estamos todos en la orilla de nuevo. Yo estoy como una sopa, y mi primo bastante mojado. Nos reímos, nos ponemos nerviosos, nos asustamos. Decidimos volver sigilosamente al campamento base y buscar ropa para cambiarnos sin decir nada a los mayores. Pero cuando estamos cerca nos ven, porque ya nos estaban buscando. Al principio no notan nada, pero enseguida nos ven las pintas que llevamos tan mojados, sobre todo yo. No se compadecen ni preguntan si estamos bien, pero nos echan una bronca morrocotuda mientras nos cambian de ropa. ¡Ya estamos todos bien enfadados!

Mañana otro día más con todos, a ver que me espera. ¡Ya estoy deseando que empiece el cole y poder estar en paz durante unas horas!

¡Qué bien se está en casa!, ya llevamos unos días y en el colegio nos hemos contado todo. Tengo los cuadernos y los libros, todo en orden, así que mamá está bien tranquila, ¡es hora de averiguar el misterio de la muñequita que encontré!

Cuando he enseñado la muñeca a mamá, no me ha reñido por traerla. La ha cogido con cuidado y he notado que se emocionaba, se le han humedecido los ojos. Nos hemos sentado en el sofá, juntos, con la tele apagada. Me ha dado un abrazo y me ha dicho que era de su madre, de mi abuela Loli. Me ha contado que estuvo interna en un colegio y que esa ropa era el uniforme que llevaba. Que tenía mucho cariño a su colegio, a su uniforme y que tenía muchas amigas de aquella época. Luego se ha sonreído y me ha dicho que la abuela se reía mucho recordando las trastadas que hacía durante los muchos años que había estado interna. Yo la escuchaba con los ojos bien abiertos, ¡una abuela que hacía trastadas! Con lo buenos que son todos los mayores, eso dicen, seguro que ella no reñía. Como ha visto que yo escuchaba con mucha atención, mamá me ha prometido que me iría contando algunas anécdotas que ella recordaba. A mí me parece mentira tener una abuela que ha estado tantos años interna, yo había oído que iban internos los que se portaban muy, muy mal, pero mamá me ha dicho que fue por otros motivos. Estaba deseando saber más cosas de la abuela, se iba a convertir en mí heroína.

El profe de sociales nos ha dicho que con la vida de nuestros familiares podemos estudiar la Historia, y yo tengo el privilegio de tener una abuela especial. Voy a investigar todo sobre ella, ¡este curso va a ser muy interesante!